

En aquella borrosa estampa del recuerdo sólo la figura de su madre se destacaba con un fuerte relieve de atracción afectuosa e impulso conmovedor. Un día escribióle una cariñosa y larga carta en la que trataba de justificarse y le daba cuenta de su vida y del rumbo favorable de su carrera artística. El triunfo definitivo no se haría esperar, y entonces, cuando ella fuera ya célebre y millonaria, les protegería en cuanto pudiera y les visitaría a menudo, pasando a su lado días felices...

Pero, ¡oh, mentido encanto de la ilusión!... Pasaron los meses, y aun los años, y el anhelado triunfo no llegó... Lo que advino al fin, aunque Charito Ordóñez creyó hacer todo lo posible para evitarlo, fué la contaminación de aquel ambiente ultramodernista y cosmopolita: el olvido de la moral heredada y fortalecida en la paz de santuario del hogar pueblerino, la afición a las drogas y al encanto morboso de los paraísos artificiales, los amores folletinescos y fugaces, sin consistencia, sin raigambre espiritual ni finalidad compensadora: placeres dolorosos, caminos sin rumbo, apetitos que se excitan y no pueden saciarse...

Un día impresionábase una película de gran espectáculo en la que se representaba una correría de gauchos a través de la pampa. Charito Ordóñez actuaba de amazona y debía hacer saltar a su caballo sobre un río de relativa anchura. Se le aleccionó bien e hizo previos ensayos; pero en el crítico momento, una indiciación de su voluntad o una torpeza de la cabalgadura hizo caer a ésta, apriionando rudamente a la artista, que resultó con la clavícula derecha fracturada y conmoción cerebral, lo que hizo precisa la hospitalización de la lesionada durante un lapso de tiempo que hubo de dilatarse por la complicación de una neumonía y la intensa anemia que por último se le declaró a la paciente.

Al principio, amigos y compañeros visitáronla, proporcionándole algún consuelo en sus sufrimientos y animando su decaído espíritu. Luego, las visitas se fueron espaciando y llegó el día en que la pobre Charito encontróse sola en su lecho numerado, unidad de una serie de desgraciados a quienes el sufrimiento moral (más terrible a veces que el dolor físico), la sensación del fracaso irreparable, la añoranza de lejanos afectos y días más felices torturaban el alma, mientras el cuerpo recibía la limosna de una caridad obligada y de un mercenario afecto... Los que allí adolecían, por enfermedad o por accidente, pronto eran olvidados y rara vez repuestos en sus empleos. Eran como desechos, despojos y residuos de aquella colosal fábrica del arte y la energía.

En las desoladas e insomnes noches en que ni amantes, ni amigos, ni compañeros parecían acordarse de que ella había existido en el mundo, Charito Ordóñez, la infortunada víctima de una ilusión fantasmagórica y novelesca que ella tomó por «irresistible vocación»